

La desafección hacia la democracia: un punto de vista

Pedro E. Güell
18.08.2001

Se han acumulado estudios y hechos que señalan que en Chile hay muchas personas que no adhieren a la democracia. Esto ha llevado a algunos a preguntarse por sus causas. Los medios de comunicación se han hecho eco de esta preocupación. Aún a riesgo de repetir, creo oportuno ofrecer un punto de vista que alimente el tan necesario como a estas alturas escaso debate.

Hay gente, y no poca, que nunca ha creído en la democracia y prefiere desde siempre gobiernos autoritarios. Eso no es nuevo. Chile posee una reserva conocida de autoritarismo e intolerancia a las diversidades. Lo preocupante de las cifras recientes sobre la baja en la adhesión a la democracia no se refiere a esas personas. Alude más bien a los que alguna vez creyeron en la democracia y han dejado de creer. Especialmente aquellos que tenían fuertes expectativas en los cambios que traería la democracia en el período de transición. La desafección de este grupo de personas constituye el objeto de estas notas.

Lo que revelan distintos estudios recientes es que hay gente, especialmente de estratos bajos, que se siente perjudicada por los cambios sociales, por las dinámicas de la economía y por la aspereza de las relaciones sociales. Esto no quiere decir que esas personas han sido objetivamente perjudicadas, tampoco lo contrario. Pero, en el mejor de los casos, nos dice que esas personas no perciben las ganancias presentes o futuras que acarrearán los cambios. Hay estudios que muestran que muchas personas, especialmente los desafectos de la democracia, creen que esos cambios han significado pérdidas para ellos. Y se sienten abandonados en esas pérdidas. Esas personas o bien responsabilizan de su abandono al sistema político o bien no creen que este sistema político pueda resolver sus problemas. Esas personas han pasado a creer que sus sueños no tienen más probabilidades en una democracia que en cualquier otro régimen. En el fondo, desconfían de poder realizar alguna vez aquellas aspiraciones para las cuales creen necesitar la cooperación de otros, especialmente de las instituciones de la sociedad. Creo que este proceso, que afecta a muchos pero no a las mayorías, puede denominarse "indiferencia por desencanto".

Esta indiferencia puede estar agudizada por la actual situación económica, pero no se debe a ella. De hecho, el descenso en la adhesión a la democracia fue detectado por los estudios ya en los años de pleno auge económico. No creo tampoco en que sea el resultado de una conspiración de las élites contra la participación de los ciudadanos, ni menos aún que se deba a una debilidad mental del sistema político para reconocer las reales aspiraciones ciudadanas. Creo más bien que se trata del efecto no buscado de hipótesis políticas desacertadas. Me parece que es el efecto, primero, de un énfasis desproporcionado que los gestores de la transición han puesto sobre los aspectos tecnocráticos de la estabilidad política y del rendimiento económico en desmedro de la vida cotidiana de las personas concretas y de las percepciones y necesidades subjetivas que allí se dan. Esto significa, segundo, que no se percibió adecuadamente que las expectativas de la gente hacia la democracia radicaban también en la posibilidad de construir nuevas formas de relaciones sociales y sentidos para la vida cotidiana y no sólo en la desmilitarización y en el aumento del PIB. Pareciera, tercero, que tampoco se percibió que si los cambios no están acompañados de

interpretaciones sociales que les otorgen una perspectiva de futuro y definan el horizonte de ganancia que acarrear tienden a ser vividos como pérdida. Tal vez por su sensibilidad a estos aspectos cotidianos y subjetivos es que son precisamente los jóvenes quienes más duramente reaccionan ante el sistema político.

La gente concreta no observa sistemas abstractos, sino que evalúa las condiciones de su vida concreta: el trabajo, la calle, la familia, su recreación, el desprecio o el amparo que le brindan los otros... Tengo la impresión que el sistema político de la transición, cuarto, no ha logrado desarrollar un vínculo comunicativo y simbólico que permita que la gente común y corriente haga una conexión entre el sentido de largo plazo de los cambios en democracia y los deseos de cambio y de sentido para las condiciones de su vida cotidiana.

Los que se desencantan de la democracia tienen una indiferencia por desencanto, no una indiferencia de principio con la política. Por lo mismo están necesitados de ofertas de protección, de sentido temporal y de mejoras en las relaciones cotidianas y están disponibles para ellas. Mejor aún si esas ofertas tienen un sentido inmediato, porque además han aprendido a desconfiar del futuro. Esos elementos son el caldo de cultivo para un curioso populismo neoliberal presente ya en el menú de nuestra política. Este entrega las dinámicas estructurales de la sociedad a un mercado que se cree eximido de explicaciones y legitimaciones, cual si fuera una ley natural. Los problemas de la gente, sobre todo los que aparecen en los noticiarios, los resuelve el líder mediante la compasión y comunicación directa. Allí resulta atractivo pues le habla a la gente de tú a tú, haciendo un reconocimiento tan directo como estéril de su drama y de su valía. Intencionalmente la formula deja a la política al margen de todo, por lo menos de todo lo visible en el espacio público. Sabemos de sobra por la experiencia de Chile que la exclusión de la política de los problemas de fondo no soluciona los problemas sino que los agrava. Y sabemos también por experiencia que la política socava su capacidad para enfrentar esos problemas cuando pierde la conexión con las demandas de sentido surgidas en la vida cotidiana de los ciudadanos normales, aunque no tenga una respuesta para todas.